

(02043)

Contamos contigo

Aquella fue una mañana gris. El sol hacía esfuerzos por brillar entre algún claro de nubes ocasional. Había llegado pronto a la redacción de El Heraldito, diario que se distribuye en todos los municipios del sur de la provincia de Madrid.

Aunque no estaba en nómina sí mantenía una columna de colaboración donde seguía la actualidad del deporte mospintoleño. Desde que comencé mi carrera en la Facultad de Periodismo tuve claro que quería ser periodista deportivo.

En aquellas mis primeras armas firmaba mi columna con el seudónimo "Comanche", más por precaución profesional que por temor a que no se aceptara la opinión de una mujer. Aquellos tiempos habían acabado, y del machismo sarcástico se había pasado a un paternalismo molesto. Mi reserva tenía como finalidad no enturbiar mi relación con Radio Mospintoles, donde sí estaba en nómina aunque con un sueldo insuficiente. Después de todo, y salvo afortunado padrinazgo, los comienzos siempre son humildes en cualquier trabajo.

El jefe de la redacción de deportes de El Heraldito estaba acodado en la ventana, con la mirada ausente, pero no vacía. Llevaba un rato observando algo en la calle y meditando. Y yo, que había congeniado con él desde el principio, me acerqué un tanto intrigada.

—¿Qué hay en la calle que requiere tu atención?

—¿Ves a aquel hombre, el que pasea el perrillo en el parque?

Me acerqué más al redactor-jefe para mirar donde me decía.

—Sí.

—¿Sabes quién es?

—Le he visto más veces. Siempre está ahí, en ese parquecito, con su perrito faldero. Pero no sé exactamente quién es.

—Es Iñaki...

Noté que Felipe observaba mi reacción. Pero el nombre no me decía nada.

Felipe Quiñones era el redactor-jefe de la sección de deportes de El Heraldito. Llevaba toda una vida dedicado al periodismo, profesión que le venía de familia. En el pasado había colaborado en programas de difusión nacional en radio y televisión. Incluso en algunos gozó de su propia sección. Pero cansado de los vaivenes profesionales y de la inconstancia humana había vuelto a sus orígenes en Mospintoles. Allí, con su currículum, no le fue complicado hacerse con la sección de deportes de El Heraldito y con un buen sueldo.

Tras unos segundos reflexionando le confirmé que no sabía quién era Iñaki.

—Forma parte de la historia deportiva de Mospintoles. Es o ha sido toda una institución.

El hombre, en el parque, se agachó a recoger las heces de su perrito. Se le notó alguna fatiga al doblar las rodillas. Y luego no se pudo incorporar sin trabajo. Tendría unos sesenta años, si no más.

—¿Una institución? Pues está *baldao*... —critiqué ácidamente.

—No siempre fue así —Felipe estaba en plan conciliador; en realidad ese era su estado de ánimo habitual—. Iñaki en su juventud fue un atleta olímpico. Cosechó no pocos triunfos internacionales. Se convirtió en todo un referente para lo que en aquel entonces se conocía como Castilla La Nueva, y para toda España.

Volví a mirar al hombre con más atención. Se le advertían unos hombros anchos, pero no podía adivinar cuál había sido su actividad deportiva.

—¿En qué destacó?

—Fue halterófilo. Uno de los mejores. Obtuvo podios europeos y dos diplomas olímpicos.

—¿¡Fue olímpico!?

—No fue medallista olímpico porque se equivocó de país al nacer. De haberlo hecho en el Este europeo habría sido una leyenda. Ganó esos diplomas en Munich y en Montreal.

Entonces fijé mi atención en aquel hombre, que se había sentado en un banco, con su perrillo al lado. En realidad siempre había visto a aquel hombre allí, solo, con su perrito, en aquel minúsculo parque que el ayuntamiento había construido en la confluencia de dos calles.

El aspecto del tal Iñaki era algo desaseado. Se intuía que debía vivir por los alrededores, pues vestía zapatillas de andar por casa y un chándal azulón bastante raído. Le colgaba la mandíbula inferior y estaba siempre cabizbajo. Yo no recordaba haberle visto hablar con nadie. Digamos que Iñaki se había ido convirtiendo en una parte prescindible del mobiliario urbano de aquel parquecito.

Sí que recordé haberme cruzado con él en algunas ocasiones. Tenía unos ojillos pequeños, huidizos, y quizá demasiado juntos. Aunque nunca temí nada por parte de aquel hombre, no muy grande, sí recordé que siempre que pasaba junto a él sentía una irracional intranquilidad.

—¿No es pequeño para haber sido halterófilo?

—En halterofilia hay varias categorías de peso. Iñaki competía en los pesos mínimos.

—Cuéntame más cosas de él.

—No hay mucho que contar. A Iñaki siempre le gustó hacer alarde de su fuerza. Ya desde el colegio. No es que fuera un niño peleón, pero sí era muy

fuerte. El profesor de gimnasia le recomendó trabajar con pesos. De aquella había una sección deportiva en Mospintoles de la OJE franquista, que era una organización que reglaba el deporte en pueblos como Mospintoles. Nuestra ciudad hace cuarenta años no era más que un pueblo. Fue con el *boom* urbanístico cuando se convirtió en una ciudad dormitorio de Madrid.

—Háblame de Iñaki...

—Sólo quiero hacerte un cuadro de aquel mundo. Te decía que había en Mospintoles un pequeño gimnasio con un par de barras y algunos discos. Iñaki se inició allí en la halterofilia. Pronto destacó en los campeonatos provinciales y alguien de Madrid se fijó en él. Ni siquiera había llegado el «Contamos contigo». Era la época de la Delegación Nacional de Educación Física y Deportes.

—¿Contamos contigo? —pregunté queriendo recordar un detalle que se me escapaba.

—Contamos contigo fue un eslogan de comienzos de los años setenta. El Consejo Superior de Deportes no se constituyó hasta el 77 por lo menos. Antes de aquel mensaje publicitario todo el deporte en España era algo... primitivo. No era fácil dedicarse al deporte pues el profesionalismo estaba reservado al boxeo, al fútbol y al ciclismo.

—Toda esa situación la conozco por haberlo leído. Pero me sorprende que nadie me hubiera dicho nunca nada de Iñaki.

—Iñaki ha quedado olvidado por los aficionados, por las instituciones, por el gran público que le aupó a cotas a las que nunca debió soñar con asomarse.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, Iñaki fue tremendamente popular allá por los años 70. Incluso grabó varios anuncios para la televisión y co-protagonizó una comedia cinematográfica con los clásicos de la época.

—¿Pero es que nadie se acuerda de este hombre?

—Sí, la federación madrileña; y la española porque lo tiene cerca. Cuando necesitan llamar la atención sobre su deporte invitan a Iñaki a una gala o le hacen el enésimo homenaje en el que el pobre diablo nada pinta. Le utilizan como excusa para lograr sus propósitos, y el infeliz accede supongo que más por salir de su anodina vida que por recordar viejos tiempos en los que era el centro de atención en cada fiesta.

—¿Pero tanto prestigio tenía la halterofilia por aquel entonces?

—No... El mismo que ahora si no menos. En los años 70, salvo el boxeo, el fútbol y el ciclismo, y por ese orden, los deportistas eran grandes desconocidos. Pero cuando surgía un portento adquiría notoriedad rápidamente en toda España: Ochoa, Orantes, Ocaña, Nieto... Fíjate en Ángel Nieto. Trece veces campeón del mundo, bueno... doce más una. ¿Te imaginas el tirón mediático que hubiera tenido hoy en día un español campeón del mundo imbatible?

—Lo que no me imagino es que no lo tuviera en aquel entonces.

—Entonces no existía este concepto de tirón mediático. Los toreros y los cantantes eran más populares que los deportistas. Incluso Palomo Linares protagonizó varias películas, como Manolo Escobar. De los deportistas alguno hizo algo en el cine, como Pedro Carrasco. Y te estoy hablando de ayer

prácticamente, no de la época de Paulino Uzcúdm. ¡Uy! si hubiera habido un Uzcúdm en la época dorada del boxeo español, cuando los Carrasco, Urtain, Legrá...

—Me es difícil entender aquel mundo, donde un torero protagonizaba películas. Lo puedo entender de un cantante, o de un deportista tal vez. Y no durante su carrera deportiva, sino al retirarse.

—Es natural. Los jóvenes asumís que los valores y las referencias que conocéis siempre estuvieron ahí. Y es que hubo una época en que los valores universales no variaban en generaciones. Pero hoy en día en cuestión de diez años vivimos una nueva realidad que nada tiene que ver con la anterior. El propio concepto de Internet hace diez o doce años no tenía la dimensión que tiene ahora.

Quedé callada, sumida en mis pensamientos. Aquel hombre, allí abajo, sentado en el banco de siempre, con aquella correa desgastada que sujetaba a su perrillo. El perro husmeaba entre las patas del banco y el pie de una papelera. Igual que había estado pasando todas estas semanas atrás... Y yo nunca había reparado en que allí había toda una historia que contar.

—Me gustaría hacerle una entrevista.

—Ni se te ocurra. No tienes ningún derecho —me dijo Felipe sin acritud—. Ni te la vamos a publicar aquí en El Herald ni te dejarán hacer nada en Radio Mospintoles. Deja las cosas como están. No te he contado esto para que hicieras algo, sólo para que lo supieras.

No entendí nada.